

19-V-77

Tercera época.

Lunes 19 de Mayo de 1873. 131

Año I.-Núm. 59.

EL ESTADO CATALAN

DIARIO REPUBLICANO DEMOCRÁTICO FEDERALISTA.

Redactado en provincias y publicado en Madrid.

PUNTO DE SUSCRIPCION.—Madrid, en casa de don Francisco de Paula, en la calle de San Mateo, número 10. En las provincias, en las imprentas de cada una de ellas.

DIRECCION Y ADMINISTRACION.—Calle de Olivar, número 23.

PUNTO DE SUSCRIPCION.—Madrid, en casa de don Francisco de Paula, en la calle de San Mateo, número 10. En las provincias, en las imprentas de cada una de ellas.

SECCION POLITICA.

LA QUESTION DE CUBA.

(Federación de la Prensa de provincias.)

Miles y miles de hombres, millones y millones de dinero han consumido la guerra que en Cuba sostiene desde hace cinco años, y según todas las apariencias ha de costar de hoy en adelante otros tantos hombres y otros tantos millones. La proclamación de la república en España, no ha influido poco ni mucho en hacer adelantar terreno a la causa española; lo que no es de extrañar, ya que la república hasta ahora no ha hecho en el modo de tratar la cuestión cubana innovación alguna, sino que ha seguido el mismo sistema de perdición que seguía la monarquía, permitiendo que continuaran todos esos tremendos abusos de que ni podemos formarnos idea aproximada, y mandando a las Antillas, como podían hacerlo los reyes y los moderados, mandos y mandados de empleados que, hambrientos de riqueza y de fortuna, para el Océano para caer sus gavilanes sobre la presa, y no salir hasta haberse extenuado entre sus ferres, y que tienen la propiedad de decir en voz alta que van a salir con la suya por cualquier medio, en un mes si no pueden en un día.

He es nuestro objeto hoy rescatar las grandes injusticias, los increíbles abusos a que se ha sometido siempre a los antillanos, dándoles, por mas que nos duela confesarlo, muchos subsidios, no ya para sublevarlos, sino para maliciar el nombre español. Lo es en tiempos hacer notar que la primera misión que debía llevar la república en Cuba era rescatar tanta injusticia, remediar tanto abuso y ofrecer a nuestros hermanos de Ultramar dilato trato, y con él la paz, la calma, con la que, en caso de ser rechazados los ofrecimientos, para el triunfo venidero, a ser tener la razón y la justicia de su parte. Hoy nos proponemos solo analizar el estado social de la cuestión y proponer el único remedio que creemos podría ser eficaz y de grandes resultados para resolver esta malhadada cuestión en beneficio de España y de las Antillas.

Y tratamos la cuestión con la misma franqueza con que las tratamos todas, aun a riesgo de que se levanten mil voces de la izquierda llamándonos filibusteros o traidores. Nada nos importará todas sus diatribas ni sus amenazas, ni su vocerío, si son tan ciegos que no sepan apreciar nuestro patriotismo, pues que al quisiéramos de veras y con toda la fuerza de nuestra voluntad que España no perdiera ni una sola pulgada de su territorio, quisiéramos antes que todo esto que se repasaran las injusticias, los abusos, los crímenes que en las Antillas se han cometido y que son nuestra vergüenza. Si para conservar las Antillas hemos de conservar la esclavitud y la de la integridad del territorio es condición previa que se haga de los hombres crasa, que el látigo se levante por el hombre o para el hombre, pídale que las Antillas y quisiéramos aquella libertad que, si como particulares preferimos mil veces nuestro buen nombre a nuestros bienes, como políticos preferimos mil veces la honra de la patria a cualquier fama que puede reportarse por un triunfo que no se fonde en la justicia.

Dado el sistema que se sigue; no se lucha en Cuba entre españoles y separatistas, entre españoles y cubanos; sino que la lucha empieza entre unos españoles que se levantan por pedir justicia, y que solo al ver que no

se les quiere hacer, proclamaron la independencia y un gobierno que quiere perpetuar el sistema colonial que inventó la codicia de nuestros superanos. En Cuba, y selemos al público la verdad, por mas que sea dolorosa, no somos otra cosa que auxiliares de los negros, declarados o encubiertos, que son los que de hecho mandan en aquella Antilla. Los españoles no dominamos en ella al dominamos después de terminada la guerra, pues que si la victoria se declarara por los insurrectos, seríamos repudiados de ella, y si se declarara por nosotros, o deberíamos ponerlos a los pies de los amos de la esclavitud, de los negros, o tendríamos que emprender contra ellos una nueva campaña, más ruda que la que con los insurrectos sostenemos, pues que a nosotros no tendríamos a nadie, absolutamente a nadie, y los vendidos de hoy mirarian con fruición que fuéramos mañana los vendidos, por mas que nuestros vendedores fueran sus mas terribles enemigos. Recuérdense las humillaciones que ha tenido que sufrir España durante la insurrección actual; recuérdense que tuvimos que mirar, con los brazos cruzados, como se cometa el hecho mas vergonzoso de nuestra historia, el asesinato de los ocho infelices estudiantes de medicina, que no habian cometido delito alguno. Llegado a cabo, a pesar nuestro, y fallando a toda ley y a toda consideración de humanidad; recuérdense los mil y mil hechos análogos que se repiten en las distancias que han sido espulsados de la isla, a pesar nuestro, por los hombres armados que en ella se llaman defensores de la integridad del territorio, recuérdense los mil y mil incidentes que nuestra plaza española se resiste a escribir, y se verá que lo que decimos es la verdad desnuda, por mas que sea triste y vergonzosa.

En Cuba han llegado las cosas a un extremo que hemos de perder siempre, si no sabemos dominar las circunstancias externas que aquella parte de España atraviesa. La guerra actual ha de acabar, o con la pérdida de las colonias, o con el triunfo de los esclavistas, que a pesar de España harían lo que mejor les pareciera, y que desearían que siguieran las injusticias y los abusos, porque las primeras no les ofenden ni los sujetos a ellos, y los segundos son su auxiliar mas poderoso. Hay mas; la guerra actual se prolonga por las mismas causas que hacen interminable la insurrección actual, agravada por la tradición y la distancia. Al lado de los negros, que quieren la continuación de la lucha, porque a sus intereses conviene, y porque hoy, gracias al río revuelto, realizan sus sueños, así como los habian realizado, están los que saben ajustar la cantidad de manera que los bienes encontrados a los insurrectos o laborantes, que mal administrados deberían producir para el Estado la suma de 20 ó 30 millones de pesos anuales, no le producen un céntimo siquiera; está el elemento burocrático, que en la situación anormal de la isla encuentra medio para lograr en un mes la fortuna que en tiempos normales, y robado descaradamente y sin vergüenza solo podía reunir en uno o mas años; están los que para su negocio convierten en enfermos a hombres sanos; los que hacen pagar al Estado los vienes y efectos de que se apoderan en el campo; están, en una palabra, todos los que, considerando españolismo, como a España en la mayor de las vergüenzas y hacen que al pronunciarse la palabra Cuba debamos acordarnos y llegar a maliciar nuestra estrella por habernos hecho prenciar tantos esclavos, tantos crimenes, tanta injusticia, tanta bajura.

Hay que tener ya, de que el gobierno de la república tiene disposiciones enteras y extremas en la cuestión de Cuba; hoy es ya de que intente el mismo sistema para conservar la posesión de España; disposiciones enteras y extremas que han de obedecer a un criterio completamente distinto del que hasta hoy ha dominado. Qué sea ya tarde; qué todo lo que pueda hacerse se intente contra el estado a que las cosas han llegado; pero de todas maneras es indispensable que el esfuerzo se haga, en la seguridad de que, si se infructuoso y há de acabarse la guerra actual con la pérdida de las Antillas, ora vayan a parar a manos de los insurrectos, ora a las de los negros, ora, después del exterminio de uno u otro de las dos razas, deban ser ocupadas por una nación extranjera, la república podrá quedar orgullosa de haber intentado todo lo humanamente posible, y no deberá ser proca de recordamientos aunque el éxito no corra mas afortunado.

Este esfuerzo ha de consistir en empujar resueltamente la bandera de la justicia y de la república, y llevarla a Cuba con resolución de hacerla acatar por todos, absolutamente por todos; ha de decirse a uno y a otro, a insurrectos y a negros, que la república española quiere llevar a Cuba la reforma social y completa de todas sus instituciones, y que está dispuesta a hacer respetar su voluntad o a gastar todas sus fuerzas en la demencia; ha de demostrar a uno y a otro que está resuelta a obrar con energía contra todos, al todos no prefieren reconocer su buena intención y contribuir juntos al establecimiento de un sistema completamente nuevo, que pueda convertir el infierno en que hoy se hallan, en una provincia española autónoma, que goce de cierto grado de felicidad.

En el corto tiempo que lleva de vida la república hallamos ya un precedente de lo que debería intentarse en Cuba. Cuando ciertos elementos de la revolución, creyendo que la federación debe venir de abajo, intentaron organizar desde luego el Estado de Cataluña, el señor presidente del Poder ejecutivo envió el tren y se dirigió a Cataluña. Llegado a Barcelona, reunió en su presencia a uno y a otro, hizo que expusieran sus quejas, que presentaran sus sistemas, y con algun esfuerzo logró llevarlos a un acuerdo, conviniendo uno de la república federal y en acatar al Poder ejecutivo. Una cosa análoga, si bien que acomodada a la importancia de la cuestión, debería hacerse en Cuba. Rácese una escuadra española poderosa, embarquese en ella las fuerzas necesarias para imponerse a todos, embarquese en ella el ministro de Ultramar, y preséntese delante de la Habana. Llame a él a los jefes de los insurrectos o a los que los representan; llame a los jefes de los negros, y llame sobre todo a los buenos españoles que hay en Cuba para que acorten las distancias. Recuérdese, manifestémosles que la república va a hacer justicia a todos; entresaca de las quejas de uno y de otro, y tome de momento medidas energéticas y trascendentes; reorganice todo lo desorganizado, y, sobre todo, para apoyar sus razones, emita el radical Cienfuegos a los buenos españoles, manifesteles los millones de la escuadra y las fuerzas de desembarco que traiga a sus órdenes, dispuestas a hacer respetar su voluntad por tirios y trojanos, y, con estos argumentos de ello, la cuestión cubana podría resolverse con justicia y las Antillas conservarían con la madre patria un lazo de unión benéfico para todos.

Que esto importa un sacrificio es evidente; que para el remedio que proponemos se ne-

cesita un ministro de Ultramar de grandes condiciones es innegable. El sacrificio, empero, debe hacerse, y es preferible hacerlo de una vez, a agotar nuestras fuerzas inútilmente en continuos sacrificios; el ministro de Ultramar puede encontrarse dentro del partido republicano, y el actual gobierno haría el sacrificio de su amor propio, el para una empresa tan grandiosa debiera dejar en pie, pues que por esta sola hecho le cabría no pequeña gloria si el resultado fuese favorable.

Medite sobre el plan que proponemos el gobierno de la república, persuádase de que es el único que puede salvar las Antillas, y haga para llevarlo a cabo todos los sacrificios que sean necesarios, seguro del aplauso de todos los españoles.

Con mucho gusto entraríamos a discutir, si quiera fuera en desventaja, con nuestro colega La Esfera, si el asunto de que se trata fuera de aquellos que para entenderse necesitan de seria meditación.

Tanto el balance de la Hacienda hecho por el Sr. Tulán nos parecen tan claros que no há necesidad de la controversia para ilustrarlo. Solo la ha encontrado malo con La Esfera otros periódicos de su misma procedencia política.

Y es natural: cómo ha de satisfacerse un documento que, sobre ser exclusivamente revolucionario, es, como dijimos entonces y repetimos ahora, el testimonio mas elocuente del estado de ruina y de descrédito a que habíamos llegado cuando testamos la aldea de ser gobernados por los amigos de nuestra oligarquía.

Hoy, no nos silencios a negarlo en absoluto, el mal continúa siendo grave; pero el Sr. Tulán da mucho de tener responsabilidad alguna. Aquellos polvos traen estos lodos.

Sin embargo, nosotros creemos que la república federal no ha de venir en balde. Como lo se haya cometido las reformas radicales que esta forma de gobierno trae consigo, cuando se haya quitado el comolero a tantos miserables podríamos como corrompida la sociedad española, entonces se restablecerá la confianza y serán imposibles nuevas revoluciones; remediáramos el mal que, después de todo, sentimos como nuestro mal.

Por lo demás, podemos asegurar a La Esfera que nuestros proyectos realitativos, que no hemos expuesto porque no hacían al caso, son tanto o mas sencillos que el balance del Sr. Tulán. Si, pues, tiene interés en conocerlos y analizarlos (demanda hacer seria el mal y analizarlos) manifestémosles que se convencerá de que la falta de inteligencia es suplicada, en lo que cabe, con una voluntad a toda prueba.

Ya nos hará, empero, la justicia de creer el colega que en nuestros proyectos no entran en poco ni en mucho las transacciones. De este modo creíamos tener que acudir todos los días a su desinteresada defensa.

A La Esfera no le han gustado bien nuestras exhibiciones condescendientes. No de decir que el marqués de Manzanares posea en la Puerta del Sol cuatro casas o manzanas que le costan 200.000 duros anuales por lo menos, le parece muy significativo.

Pero lo que asombramos que habrá digerido menos, es el final del surto en que aconsejamos al ministro de Hacienda que meta de los banqueros como deuda lo que le sirva como préstamo nacional.

Como se vé, contesta a eso La Esfera: se empieza a sacar nominalmente los conser-

Pero lo que suponemos que habrá digerido menos, es el final del sueldo en que acogáramos al ministro de Hacienda que sacara a los banqueros como deuda lo que le niegan como préstamo usurario.

Como se vé, contesta á eso *La Época*: «ya empieza á alucinar *nominatim* á los conser-

SECCION POLITICA.

LA CUESTION DE CUBA.

(Federación de la Prensa de provincias.)

Miles y miles de hombres, millones y millones de dinero ha consumido la guerra que en Cuba sostenemos desde hace cinco años, y según todas las apariencias ha de costar de hoy en adelante otros tantos hombres y otros tantos millones. La proclamación de la república en España, no ha influido poco ni mucho en hacer adelantar terreno á la causa española; lo que no es de extrañar, ya que la república hasta ahora no ha hecho en el modo de tratar la cuestión cubana innovación alguna, sino que ha seguido el mismo sistema de perdición que seguía la monarquía, permitiendo que continuaran todos esos tremendos abusos de que ni podemos formarnos idea aproximada, y mandando á las Antillas, como podrían hacerlo los radicales ó los moderados, manadas y manadas de empleados que, hambrientos de riquezas y de fortuna, pasan el Océano para caer cual gavilanes sobre la presa, y ro sollarla hasta haberla estrujado entre sus garras, y que llenan la proximidad de decir en voz alta que van á salirse con la suya por cualquier medio, en un mes si no pueden en un día.

No es nuestro objeto hoy reseñar las grandes injusticias, los increíbles abusos á que se ha sujetado siempre á los antillanos, dándoles, por mas que nos duela confesarlo, motivos sobrados, no ya para sublevarse, sino para maldecir el nombre español. No lo es tampoco hacer notar que la primera misión que debía llenar la república en Cuba era reparar tanta injusticia, remediar tanto abuso y ofrecer á nuestros hermanos de Ultramar distinto trato, y con él la paz, la alianza, con lo que, en caso de ser rechazados los ofrecimientos, hubiera adquirido lo primero y mas esencial que para el triunfo necesita, ó sea tener la razón y la justicia de su parte. Hoy nos proponemos solo analizar el estado actual de la cuestión y proponer el único remedio que creemos podría ser eficaz y de grandes resultados para resolver esta malhadada cuestión en beneficio de España y de las Antillas.

Y tratáremos la cuestión con la misma franqueza con que las tratamos todas, aun á trueque de que se levanten mil voces de la liga llamándonos filibusteros ó traidores. Nada nos importarán todos sus dictérios ni sus amenazas, ni su vocerío, si son tan ciegos que no sepan apreciar nuestro patriotismo, pues que si quisiéramos de veras y con toda la fuerza de nuestra voluntad que España no perdiera ni una sola pulgada de su territorio, quisiéramos antes que todo esto que se repararan las injusticias, los abusos, los crímenes que en las Américas se han cometido y que son nuestra vergüenza. Si para conservar las Antillas hemos de conservar la esclavitud; si de la integridad del territorio es condición precisa que se haga de los hombres cosas, que el látigo se levante por el hombre contra el hombre, piérdanse las Antillas y quebrántese aquella integridad, que al como particulares preferimos mil veces nuestro buen nombre á nuestros bienes, como políticos preferimos mil veces la honra de la patria á esa falsa gloria que puede reportarnos un triunfo que no se funde en la justicia.

Dado el sistema que se sigue; no se lucha en Cuba entre españoles y separatistas, entre españoles y cubanos; sino que la lucha empezó entre unos españoles que se levantan por pedir justicia, y que solo al ver que no

se les quería hacer, proclamaron la independencia y un gobierno que quiere perpetuar el sistema colonial que inventó la codicia de nuestros antepasados. En Cuba, y debemos al público la verdad, por mas que sea dolorosa, no somos otra cosa que auxiliares de los negreros, declarados ó encubiertos, que son los que de hecho mandan en aquella Antilla. Los españoles no dominamos en ella ni dominaríamos despues de terminada la guerra, pues que si la victoria se declarara por los insurrectos, seríamos expulsados de ella, y si se declarara por nosotros, ó deberíamos ponernos á las órdenes de los amantes de la esclavitud, de los negreros, ó tendríamos que emprender contra ellos una nueva campaña, más ruda que la que con los insurrectos sostenemos, pues que á nuestro lado no tendríamos á nadie, absolutamente á nadie, y los vencidos de hoy mirarían con fruición que fuésemos mañana los vencidos, por mas que nuestros vencedores fueren sus mas terribles enemigos. Recuérdense las humillaciones que ha tenido que sufrir España durante la insurrección actual; recuérdese que tuvimos que mirar, con los brazos cruzados, cómo se cometía el hecho más vergonzoso de nuestra historia, el asesinato de los ocho infelices estudiantes de medicina, que no habían cometido delito alguno, llevado á cabo, á pesar nuestro, y saltando á toda ley y á toda consideración de humanidad; recuérdense los mil y mil hechos análogos que se repiten cada día; recuérdese que ha habido autoridades superiores que han sido expulsados de la isla, á pesar nuestro, por los hombres armados que en ella se llaman defensores de la integridad del territorio; recuérdense los mil y mil incidentes que nuestra pluma española resiste á escribir, y se verá que lo que decíamos es la verdad desnuda, por mas que sea triste y vergonzosa.

En Cuba han llegado las cosas á un extremo que hemos de perder siempre, si no sabemos dominar las circunstancias extremas que aquella parte de España atraviesa. La guerra actual ha de acabar, ó con la pérdida de las colonias, ó con el triunfo de los esclavistas, que á pesar de España harían lo que mejor les pareciera, y que desearían que siguiesen las injusticias y los abusos, porque las primeras no les ofenden ni les sujetan á ellos, y los segundos son su auxiliar mas poderoso. Hay mas; la guerra actual se prolonga por las mismas causas que hacen interminable la insurrección carlista, agravadas por la fidelidad y la distancia. Al lado de los negreros, que quieren la continuación de la lucha, porque á sus intereses conviene, y porque hoy, gracias al río revuelto, realizan fortunas colosales, cual jamás las habían realizado, están los que saben ajustar las cuentas de manera que los bienes secuestrados á los insurrectos ó laborantes, que mal administrados deberían producir para el Estado la suma de 20 ó 30 millones de pesos anuales, no le producen un céntimo siquiera; está el elemento burocrático, que en la situación anormal de la isla encuentra medio para lograr en un mes la fortuna que en tiempos normales, y robando descaradamente y sin vergüenza solo podía reunir en uno ó mas años; están los que para su negocio convierten en enfermos á hombres sanos; los que hacen pagar al Estado los víveres y efectos de que se apoderan en el campo; están, en una palabra, todos los que, vociferando españolismo, sumen á España en la mayor de las vergüenzas y hacen que al pronunciarse la palabra Cuba debamos sonrojarnos y llegar á maldecir nuestra estrella por habernos hecho presenciar tantos escán-

dalos, tantos crímenes, tanta injusticia, tanta bajez.

Hora es pues ya, de que el gobierno de la república tome disposiciones energicas y extremas en la cuestión de Cuba; hora es ya de que intente el último esfuerzo para conservar para España; disposiciones energicas y esfuerzos que han de obedecer á un criterio completamente distinto del que hasta hoy ha dominado. Quizá sea ya tarde; quizá todo lo que pueda hacerse se estrelle contra el estado á que las cosas han llegado; pero de todas maneras es indispensable que el esfuerzo se haga, en la seguridad de que, si es infructuoso y há de acabarse la guerra actual con la pérdida de las Antillas, ora vayan á parar á manos de los insurrectos, ora á las de los negreros, ora, despues del extermio de una ó otra de las dos razas, deban ser ocupadas por una nación extranjera, la república podrá quedar orgullosa de haber intentado todo lo humanamente posible, y no deberá ser presa de remordimientos aunque el éxito no corone sus esfuerzos.

Y este esfuerzo ha de consistir en empujar resuelta y decididamente la bandera de la justicia y de la reparación, y llevarla á Cuba con resolución de hacerla acatar por todos, absolutamente por todos; ha de decirse á unos y á otros, á insurrectos y á negreros, que la república española quiere llevar á Cuba la reforma radical y completa de todas sus instituciones,

y que está dispuesta á hacer respetar su voluntad ó á gastar todas sus fuerzas en la demanda; ha de demostrar á unos y á otros que está resuelta á obrar con energía contra todos, si todos no prefieren reconocer su buena intención y contribuir juntos al establecimiento de un sistema completamente nuevo, que pueda convertir el inferno en que hoy se hallan, en una provincia española autonómica que goce de cierto grado de felicidad.

En el corto tiempo que lleva de vida la república hallamos ya un precedente de lo que debería intentarse en Cuba. Cuando ciertos elementos de Barcelona, creyendo que la federación debe venir de abajo, intentaron organizar desde luego el Estado de Cataluña, el señor presidente del Poder ejecutivo cogió el tren y se dirigió á Cataluña. Llegado á Barcelona, reunió en su presencia á unos y á otros, hizo que espusieran sus quejas, que presentaran sus sistemas, y con algun esfuerzo logró llevarlos á un acuerdo, conviniendo unos y otros en ser, á competencia, defensores de la república federal y en acatar al Poder ejecutivo. Una cosa análoga, si bien que acomodada á la importancia de la cuestión, debería hacerse en Cuba. Reúnanse una escuadra española poderosa, embárense en ella las fuerzas necesarias para imponerse á todos, embárense en ella el ministro de Ultramar, y preséntense delante de la Habana. Llame á sí á los jefes de los insurrectos ó á los que los representen; llame á los jefes de los negreros, y llame sobre todo á los buenos españoles que hay en Cuba para que acorten las distancias. Reunidos, manifiéstales que la república va á hacer justicia á todos; entérese de las quejas de unos y de otros, y tome de momento medidas energicas y trasen lentas; reorganice todo lo desorganizado, y, sobre todo, para apoyar sus razones, cual hizo el cardenal Cisneros á los nobles orgullosos, muéstrelas los cañones de la escuadra y las fuerzas de desembarco que traiga á sus órdenes, dispuestas á hacer respetar su voluntad por tirios y troyanos, y, casi estamos seguros de ello, la cuestión cubana podría resolverse con justicia y las Antillas conservarían con la madre patria un lazo de union benéfico para todos.

Que esto importa un sacrificio es evidente; que para el remedio que proponemos se ne-

cesita un ministro de Ultramar de grandes condiciones es innegable. El sacrificio, empero, debe hacerse, y es preferible hacerlo de una vez, á agotar nuestras fuerzas inútilmente en continuados sacrificios; el ministro de Ultramar puede encontrarse dentro del partido republicano, y el actual creemos haría el sacrificio de su amor propio; el para una empresa tan grandiosa debería dejar su puesto, pues que por este solo hecho le cabría no pequeña gloria si el resultado fuese favorable.

Médite sobre el plan que proponemos el gobierno de la república, persuádase de que es el único que puede salvar las Antillas, y haga para llevarlo á cabo todos los sacrificios que sean menester, seguro del aplauso de todos los españoles.

EE 159

14-V-1873